

PEDRO GOMEZ VALDERRAMA

## «NOCHE OSCURA DEL ALMA»

(Interpretación de la Poesía de José Asunción Silva)

“A menudo, desde su quieta morada, los dioses envían por un tiempo a sus favoritos a los pueblos, para que el corazón humano se alegre con su imagen y recuerdo”.

En esta frase de Hölderlin está, hermosamente expresado, el sentimiento que los años han venido cristalizando en los espíritus que recibieron en la poesía de José Asunción Silva, el mensaje que no supieron descifrar las gentes que vivieron la misma época de su vida, el breve tránsito de una existencia cuya tragedia, discreta e interior, sólo emergió a la superficie en la noche cruel en que por fin se perdió su alma en el misterio.

La poesía de Silva, es, para mí, comienzo de una época de vida, y en mi regreso a esos versos amados, he encontrado en ellos raíces de mi adolescencia, amistades ocultas con las cosas del mundo. Por ello me es tan caro este tema, y puedo acercarme a él, como pedía Rilke la aproximación a toda obra de arte: Con amor.

No voy a hablaros ahora de su vida de hombre, aunque ella se une inextricablemente a su existencia poética. Cuando pasan y mueren los poetas, queda solamente de ellos su obra, pero esa obra es, siempre, su testimonio vital, su secreta comunicación con la vida. En sus versos quedan su vivir, sus dolores cercanos y más hondos, hechos poesía, es decir, recuerdo, después de haber pasado por el tamiz inexorable del olvido. Los anhelos frustrados, los sueños abandonados con resignación, los deseos muertos, las existencias que nunca pudieron

vivir. Por ello la poesía de Silva es, tal como lo fue su espíritu, una poesía íntima, discreta, vuelta siempre hacia el pasado. Porque el recuerdo que une al hombre con los días que ya pasaron, no le trae la exacta repetición de ellos, sino una visión sin las asperezas reales. Porque el recuerdo, como el hombre, tiende a olvidar la mala levadura del dolor, llenándolo de poesía, y, con ello de dulzura, para hacer de él una especie de felicidad.

La poesía de Silva se iba a buscar, en su interior, en el pasado, todo cuanto él no encontraba en la vida real, todo lo que le negaba el diario deber de vivir. Era un desadaptado, ciertamente. Pero no por causa de aquella "indiferente Bogotá sin culpa" de que habló Juan Ramón Jiménez. Antes bien, el mismo ambiente recogido del Bogotá del fin del siglo XIX, las mismas calles empedradas, con frecuencia brillantadas por la lluvia nocturna, los débiles faroles derrotados por la noche del altiplano, los viejos patios coloniales, con su pila de piedra, todo aquel ambiente del pasado español, son acordes con su poesía, desnuda de la retórica externa del modernismo, y refugiada en el tiempo que fue. Su desadaptación provino, antes que del choque de sus maneras, de su cultivo de lo que el Conde Robert de Montesquiou llamara "el aristocrático placer de desagradar", o de su dandismo más legendario que real, con el medio ambiente, de su mismo temperamento, de su desasosiego interior. Toda su vida interior lo fue de paso por el mundo, con ese sentido amargo de lo transitorio del presente, con la hipersensibilidad de un temperamento finísimo, en el cual las sensaciones se amplificaban como las ondas del agua al choque de la piedra. Silva hubiese sido un desadaptado en el Bogotá de hoy, como lo fue en el siglo XIX. Y si a este temperamento, poético por definición, agregamos la marea del "fin del siglo", en la cual rezuman y se agitan, en la filosofía, en la poesía, en todo el arte, las inquietudes de un siglo atormentado desde su nacimiento por hondas convulsiones políticas, sociales e intelectuales, y consideramos que Silva fue un hombre de su época, y un hombre excepcional, tenemos el origen de su desadaptación. La idea del decadente, de Bourget, traída a cuento por Maya, es la clave de su desarraigo: El hombre que se crea una personalidad de excepción, y por tanto se desprende del engranaje social. Por ello, podemos, si, recoger la afirmación de Maya, al fincar la tragedia intelectual de Silva, en haber querido realizar al hombre superior en un medio escaso. Pero recordando, también, que para todos los hombres superiores el medio ha sido escaso e incomprensivo, sin que ello pondere la excesiva mediocridad ambiente, sino la altura espiritual de los

desadaptados. La palabra, "medio" dice relación, precisamente, a una constante dentro de determinado núcleo social, la cual, por ser línea promediada, no puede encumbrarse a la altura de los varones de excepción. Creo que el calificar de escaso o pobre a determinado medio social respecto a un hombre, no puede hacerse en relación con las cualidades del medio, sino con las del hombre mismo que se discute.

Todo hombre desasosegado, inquietado por preocupaciones extrañas a la vida diaria, se encuentra en continua pugna con su medio, tratando de vencerlo, de doblegarlo continuamente. Y, al imponerse el medio sobre el hombre, éste se repliega dentro de sí mismo, se evade hacia su vida interior.

Recientemente, amplios estudios han dilucidado largamente la ubicación literaria de Silva. Tema es éste en el cual no quiero insistir. Daniel Arango, en su fino ensayo sobre "Silva y el modernismo", ha sostenido una tesis cuya importancia es preciso subrayar, y con cuyas afirmaciones concuerdo. Estudiando las características esenciales del modernismo, la poesía extravertida, sensual y cosmopolita, "la Grecia de los griegos y la Grecia de Francia", y la poesía subjetiva e intimista de Silva, lo encuentra, acertadamente, lejano de aquel movimiento literario, guardando sólo en sí ciertas influencias marcadas del simbolismo. Y halla en Silva, además de la calidad de precursor, una vinculación más directa, más entrañable con la poesía española de Antonio Machado, de Juan Ramón Jiménez, en quienes renace el germen de Garcilaso de la Vega: La poesía pura, la poesía en sí misma; desnuda de toda otra cosa, sola en la verdad de cada verso, ajena a nada que no sea la expresión misma de la idea poética, ajena al conceptualismo, y habitante de la sugerencia, del sentimiento indefinible.

La ubicación de Silva, como precursor, es más verdadera, más honrada que las de los manidos textos de literatura que muchos de nosotros encontramos en la adolescencia, en los cuales se hace comenzar con el modernismo, y a Silva se le imputan y reprochan todos los vicios y defectos de aquél. Recuerdo mi asombro ingenuo, cuando en aquel tiempo, en un texto de literatura de cuyo autor no quiero acordarme, leí que la música única del "Nocturno" no era otra cosa que "tartamudez pueril".

Pero el tiempo en que se escribieron tamaños dislates, ha pasado, aunque en muchos casos todavía la educación literaria de la juventud se ve viciada por prejuicios poco honrados, y todavía se ensaya el procedimiento de enseñar enfocando todas las cosas con un solo lente,

extraño y turbio, lleno de prevención y desfavor a cuanto signifique innovación o avance, sin meditar, antes, en si es bueno o es malo.

Decía que Silva, antes que iniciador o capitán de una tendencia, fue un precursor, del cual se han desprendido diversas orientaciones. La clasificación en una tendencia determinada, es imposible. Silva es uno de aquellos casos, que, por no corresponder a la orientación de su tiempo, sino intuir, sentar bases para algo que nacerá en el futuro, no son clasificables. No creó una escuela literaria, ni discípulos inmediatos, pero en cambio, hizo mucho más, puesto que influyó en toda la poesía de la lengua española en aquel tiempo. De su lenguaje poético puro, infinitamente superior al lenguaje, ese sí modernista de su prosa, se desprende una renovación profunda en la poesía contemporánea. Al decir de Juan Ramón Jiménez, "funde dos tendencias o fases idealistas en un punto exacto que coge lo mejor, más desnudo, más esencial de cada una y desecha de cada una lo sobrante". Ellas son el romanticismo de la línea más pura, el de Becquer, y el primer modernismo escrito en la América española. Yo diría más bien con Arango, que la fusión se realiza entre lo mejor romántico y algunos caracteres esenciales de la corriente simbolista. Y hallamos aquí el germen de multitud de corrientes literarias, cruzadas y encontradas a veces, pero sobre todas las cuales impera esta nueva dirección, este aliente renovador de la poesía de Silva.

Si analizásemos ahora las innovaciones métricas formales, volveríamos a decir lo ya dicho tantas veces, de la forma de redescubrimiento de la armonía secreta del "Nocturno" en el pie juguetón de una fábula. O de la modulación rítmica del eneasílabo mediante la acentuación. Y llegaríamos a la conclusión de que la genialidad poética de Silva consiste en su sabia manera de someter el idioma a los dictados de su numen poético, en esa secreta flexibilidad y armonía que da cada uno de sus versos.

Sobre el tema de las influencias mucho puede decirse, a la sombra de Mallarmé y de todos los simbolistas franceses. Y a veces, después de cruzar fugazmente la golondrina de Bécquer, u oírse el són de su arpa turbado por la sutil ironía de Heine o acibarado por algo de la amargura de Batrina, veremos cruzar la sombra de Poe, y escucharemos tocar sus campanas bajo el cielo gris del "Día de Difuntos". Pero con justeza, no podría decirse que haya una influencia rectora de la poesía de Silva. Todos aquellos ecos que escuchamos, son diferentes de la voz que los produjo, porque Silva los transforma para sí, les imprime el sello inconfundible de su voz. En todos y cada uno de sus poemas es él mismo, y las vagas semejanzas que

hallamos son más de ambiente, de acento, que de influencia directa. A Silva lo hallamos, también, en Darío, no una sino muchas veces, pero, igualmente, en aquella forma imprecisa que nos convence de que estamos escuchando otra voz que aquella que creímos recordar.

En nuestro viaje cruzando este reino de poesía, quiero que nos detengamos las tres noches más hermosas de Silva, que, poco a poco, nos irán llevando ante su sombra: La noche del amor, la noche de la tristeza, y la noche de la muerte. En cada una de estas noches, vemos cómo su poesía, supo buscar y comprender el alma de las cosas, que amó tanto. Cómo palpité siempre, en cada uno de sus versos, el sentido de la fugacidad de las cosas amadas; cómo, tras de las breves sonrisas, siempre está la lágrima esperando su inevitable camino. Vemos cómo fue triste; cómo su alma estuvo siempre suspensa entre la voluptuosidad y un sentimiento místico, flotante en el vacío, como Maya nos dice. Cómo el misterio en todas sus formas, era origen y destino de su poesía, según Andrés Holguín. Y cómo, en fin, el pasado le llamaba, le obsedía, hasta que por fin, se sumergió en él definitivamente.

#### *La noche del amor*

Se abre, ante nosotros, la primera vigilia de nuestro viaje al corazón de esta poesía. Esta noche blanca, esta noche de fiesta, esta atmósfera de perfumes, las burbujas del champaña, las espaldas desnudas, estremecidas de valse y de alegría, bajo el fin del siglo XIX en Santa Fe de Bogotá, en un salón que se mira como un espejo borroso del París de aquel tiempo.

Mas el ambiente, las sonrisas, la fiesta nocturna, son leve accidente de esta noche. Junto al salón despierto y encendido, reposa la estancia donde se asoma levemente el pasado, rodeado por el ingrátido bullicio de la fiesta. Sólo la luna ilumina la estancia, limitada por la alegría transitoria del baile, y la vaga luz permite apenas ver dos sombras del pasado. Al fondo, aquella arpa de Becquer.

La poesía, en esta noche, empieza con Becquer. Ciertamente, Becquer está presente en Silva. Comparaciones, citas innumerables, lo demostrarían. Y, más que todo, aquel ambiente suave, la penumbra poética en que habitan las "Rimas" y el "Libro de Versos". En la forma, la semejanza discreta de las asonancias suaves, del verso desleído; proximidad de temas, de motivos, de acento. Sin embargo, "Luz de luna", el mismo poema que es punto de partida en aquellas comparaciones, nos da pie para señalar diferencias, para ver cómo Silva se aleja de Becquer.

En la obra del sevillano, se ha estudiado largamente la influencia de Heine que, como muchas semejanzas en literatura, es engañosa, y, al aproximarnos, da diferentes perspectivas. Becquer es ternura, es la depuración del dolor por la dulzura. Aún la ironía en él es pura, sin sabor amargo. Heine, es acerbo, sus heridas están acibaradas. El tránsito de Heine a Becquer es, ante todo, un suavizar aristas, un borrarse lo acerbo del sufrimiento, es el amor transmutando el dolor. Y el llegar a Silva la influencia de Becquer, se transforma, y la flor readquiere las espinas que son atributo de la rosa. "Luz de luna", el mismo tono a media voz ("amorosos recuerdos —tristezas lejanas—, cariñosas memorias que vibran como sonos de arpa") no habla con la voz de Becquer; hay otra voz distinta, una amargura más acerba, que en medio de la melancolía tiene casi un temblor heineano de ironía, un sarcasmo disuelto en las notas del valse, que, desatado y cruel, llegará a la ácida fuerza de las "Gotas Amargas".

Basta una palabra dentro del tono de la evocación, para que las sombras del pasado, aquél recuerdo casi olvido, huyan heridas, sorprendidas dolorosamente. Basta una frase para aproximar a Heine el poema:

"A su pecho no vino un suspiro,  
a sus ojos no vino una lágrima,  
ni una nube nubló aquella frente  
pensativa y pálida,  
y mirando los rayos de luna  
que al través de la reja llegaban,  
murmuró con su voz donde vibran  
como notas y cantos y músicas de campanas vibrantes de plata:  
¡Qué vales tan lindos!  
¡Qué noche tan clara!

La emoción sigue viva, plena de poesía, pero en lo más recóndito de la evocación, se ha clavado una espina, el presente ha hecho huir al pasado.

Ciertamente, "Luz de Luna" es un poema muy próximo a Becquer. Como lo era Becquer a Heine. Nada más becqueriano que el ambiente del poema. Y sin embargo, dentro de la proximidad de acento, hay algo en Silva que se aparta de Becquer: Temperamento, manera de sentir, visión de la vida, que se traducen poéticamente.

Pero no es "Luz de Luna" el poema donde mejor puede verse la cercanía, la afinidad de nuestro Silva con el poeta alemán. Si nos aproximamos a las "Gotas Amargas", desprevénidamente, los veremos más cerca. Y, es más, veremos que Silva es más cruel, más amar-

go, que Heine. No comparto yo la creencia de que estos poemas, incisivos, burlones, crueles, sean mero accidente dentro de la obra de Silva, ni que deban despreciarse para obtener la visión total de su personalidad poética. Claro es que por su misma crudeza, se hacen tal vez, a la animosidad de muchos espíritus; ciertamente, son brotes extraños, que se apartan de la línea de poesía pura en Silva. Pero precisamente el hecho de que fuesen versos un poco secretos y destinados sólo a lecturas amistosas, precisamente su fuerza satírica inusitada dentro del acento general de la poética de Silva, nos despeja una faceta de su personalidad, nos da luz en una región de su espíritu. Y en sus demás poemas, encontramos diluida, allí sí en poesía, mucha de la amargura de esas gotas. La vemos en "Día de Difuntos", la hallamos en "Don Juan de Covadonga", la comprobamos en "Psicopatía".

Son dos calidades diferentes de romanticismo las que se encuentran en Silva y Becquer. Hay en ellos dos, la semejanza que encontramos al leer la definición que del romanticismo de Silva da Rafael Maya: "Un romanticismo que más que otra cosa constituye un estado de alma constante de la humanidad, y que aparece cuando se exaltan ciertas formas efectivas de la sensibilidad, el cual, con relación al sentimiento, guarda las mismas distancias que la inteligencia con respecto al instinto". Y la diferencia de que, en tanto que Becquer, como anotó Daniel Arango, "representa lo fatal español", en Silva hay una reacción constante, paso a paso, contra el destino, que lo conduce a evadirse en el pasado, y por fin, a proporcionarse a sí mismo el refugio inviolable de la muerte.

Pero nos hemos alejado de esta noche. Volvamos, por un momento, a habitar su dulce ambiente, su leve poesía. La luz de la luna se confunde con la música, y parece cantar. Se va desvaneciendo la vida de la fiesta, la música se desvanece, y quedan en el aire, solamente, las notas dulces —Schumann, Chopin— del piano. Afuera, pasa el viento, y la música se lleva un poco de alma en cada nota. Y se oye una voz:

"A veces, cuando en alta noche tranquila  
sobre las teclas vuela tu mano blanca  
como una mariposa sobre una lila,  
y al teclado sonoro notas arranca,  
cruzando del espacio la negra sombra,  
filtran por la ventana rayos de luna  
que trazan luces largas sobre la alfombra  
y en alas de las notas a otros lugares  
vuelan mis pensamientos, cruzan los mares..."

El poeta sueña desde la ventana, mientras, a lo lejos, la noche se confunde con el viento. Una mano se desliza brevemente sobre el piano. Y el amor, el puro amor de las vigiliias compartidas, se posa apenas sobre este poema, como una ala impalpable. El hombre se queda absorto, lejano, distante. Sólo cuando advierte que la mano no vuela ya sobre el piano, que la soledad, una vez más, ha descendido, regresa de su sueño, y se vuelve hacia el recuerdo.

El amor es, en Silva, como toda su poesía, mirada hacia el pasado. Nos entrega, siempre, su amor, al través del cristal del recuerdo, ya depurada su amargura. Nos entrega su emoción de tristeza, cuando ha purificado ya sus labios con el carbón encendido de la muerte. Cuando puede, bajo la noche, cerrar los ojos, y decir en voz baja:

“Poeta, di paso  
los furtivos besos!...

!La sombra! ¡Los recuerdos! La luna no vertía  
allí ni un solo rayo... Temblabas y eras mía.  
Temblabas y eras mía bajo el follaje espeso”.

Después que tanto fuego es sólo tibia ceniza de ternura. Cuando ya ha entregado al pasado, ha escondido en los días muertos, toda la vida que ardió un momento en sus manos. A veces, la misma conciencia de esa fugacidad hace cruzar por sus versos un grito que esconde el temor del misterio, de la sombra, de la muerte. La carne es transitoria; “dejadla gozar de la vida, antes de caer, corrompida, en las negruras de la tierra”. Es el mismo grito de Darío: “Gozad de la carne, ese bien que hoy nos hechiza y después se tornará en polvo y ceniza”.

Y tal fue en su vida, como en su poesía. Por las páginas de sus biógrafos, cruzan apenas sombras, leves sugerencias. Pero todo permanece en el misterio. El amor, en todos sus poemas, está a lo lejos, vagamente esfumado en la distancia, sometido a esa “huída del tiempo que lo borra todo”.

El tiempo y la distancia encierran la poesía de José Asunción Silva, abarcan el territorio de su lírica. En estas dos dimensiones, se halla, latente, aquel anhelo de infinito en que acaba por traducirse toda gran poesía, esa aproximación a lo desconocido que es toda la vida espiritual del hombre.

El tiempo, que divide la vida humana en estratos misteriosos, que a medida que van alejándole de su principio, cobran un oculto sentido

de misterio, al esfumarse entre las borrosas nieblas del tiempo que se fue. Y la distancia, la lejanía que sume en olvido nombre, recuerdos, cosas que se amaron, y cuyo recuerdo apenas llama al alma,

“...como entre la noche oscura  
una campana distante”...

Distancia y tiempo, que conducen al olvido, a esa muerte del alma. Que difuman los contornos de las cosas amadas, hasta darles esa irreal calidad de los recuerdos.

Tiempo y distancia, están presentes en la poesía de Silva, llevándola siempre hacia el pasado, hacia lo lejano, haciendo germinar en ella el misterio, alargando el dolor.

Ya en el total desconuelo del “Nocturno”, en su soledad infinita,

“separado de tí misma, por la sombra, por el tiempo  
y la distancia”.

O en “Los Maderos de San Juan”, donde en la tierna evocación,

“con grave són que encierra  
todo el poema triste de la remota infancia,  
cruzando por las sombras del tiempo y la distancia,  
de aquella voz querida las notas vibrarán”.

Los encontramos, cuando surgen los personajes de juguete de los cuentos de hadas en los rincones polvosos del estante,

“con el recuerdo vago de las cosas  
que embellecen el tiempo y la distancia”.

El amor, esta noche, mira hacia el pasado. Un amor en esa zona del tiempo donde se confunden lo verdadero y lo irreal.

El poeta vuelve los ojos hacia lo muerto, donde sólo se encuentran puñados de cenizas. Y esa mirada, es una mirada hacia el sitio del alma, donde tiempo y distancia, de tan inmateriales, son una misma cosa. Sólo mirando hacia el pasado, podemos decir, con una absoluta verdad, con igual significado, “Hace tanto tiempo”... o “Está tan lejano”...

Y más allá del recuerdo, en esa zona confusa de la duermevela, cuando se despiertan las sombras y los sueños, en esa hora de la noche de Silva en que pueblan su alcoba los sueños ya muertos, como fantasmas del alma, cuando ve “caras que la tumba desde hace tiempo esconde” y oye “voces oídas ya no recuerdo dónde”, en esa suspensión del tiempo, bajo la inmovilidad del péndulo del reloj; y cuando la distancia se hace tan larga que se pierde en lo remoto, el sentido del pasa-

do se funde con el del misterio, y los fantasmas de los sueños se mezclan con los fantasmas de los muertos.

Es la misma unión que luego, en el "Nocturno", bajo la soledad estremecida por el aletazo trágico de la muerte, nos hace ver que el recuerdo es una sombra que se alarga hacia el misterio.

Tiempo y distancia, sí, que uniéndose son tal vez lo más próximo al infinito que puede concebir la mente humana, pese a que son sus dos limitaciones, o tal vez por ello mismo.

\* \*

Este es el tránsito del amor en esta noche, de la cual ya se ha alejado el aire de la fiesta, que en las salas desiertas, casi al alba, queda tendido como un abandonado traje de disfraz. La primera luz del día va a llevarse los recuerdos, los deseos, el amor de la carne. Del amor en la poesía de Silva, nos queda una acendrada sensación de melancolía, una desvaída dulzura, una conciencia de cosa pasada. Cada uno de sus poemas de amor es una muerte, una dulce muerte llena de heridas que casi ya no duelen, donde el recuerdo del goce, en el pasado más lejano, va ya a perderse, para que quede sólo la muerte, la conciencia de la trágica soledad.

Y se abre ante nosotros la segunda noche, la de la soledad y la tristeza.

### *La Noche del Nocturno*

Así como hubo una original pureza, como hay un pecado original, así como el hombre, bajo las hondas capas de los recuerdos, del pasado, del olvido, del mundo exterior y del temor, no es sino sentimiento elemental de amor y de odio, en toda cosa que, aun en fugaz aletazo, pasa sobre la vida, hay algo elemental. Lo encontráis en el agua, en el fuego, en el viento, en la noche. Más aún, en la noche. Bajo ella, el hombre se aproxima más a su origen, se hace más él mismo, se libera de las fuerzas que lo encadenan a la vida cotidiana.

Bajo la noche el hombre encuentra todos los signos de su ser elemental. El miedo nace de la noche, la amargura se sumerge en la noche para vivir, a solas, de sí misma. Bajo la noche el placer cruza raudamente. Todas las fuerzas naturales, las fuerzas malas y las buenas se desencadenan bajo la noche. Jamás una ciudad es igual bajo la noche que en el día. Buscad, si no, en vuestros recuerdos, una ciudad cualquiera por la que hayáis cruzado en la inolvidable aventura

de un viaje, y a la que habéis llegado anoche, y vuelto a partir antes de despuntar el alba. Después, a pleno sol, la habéis cruzado, sin reconocerla, porque ha perdido ese misterio furtivo que cruza por su aire, esa desconocida aventura que aguarda a la vuelta de una calle en sombra. Porque la luz difusa de la noche cambia y transmuta todo lo que toca. Ni siquiera las caras amigas son iguales bajo el día y la noche. La blanca luz nocturna las toca, las vuelve un poco irreales, las sitúa en el misterio. Así como el olvido es más hondo en la noche. ¿Verdad que, entrando en lo nocturno con un gran dolor, si os despertáis a la mañana siguiente a recobrar, afanosos, vuestra tristeza, os encontraréis un poco lejanos de ella, la veís quizás irreal, algo tal vez desvanecida?

Este es el valor profundo, el valor elemental de la noche. Y es ésta la noche que nos penetra en el "Nocturno". "Una noche" en que la música nos invade, en que se asciende, como por los peldaños de una escala encantada, para encontrar, de pronto, una sombra más inmensa, cuanto es infinita por fundida en la luz de la luna, que, como la niebla, es un país sin fronteras.

Dos noches encierra el nocturno: La noche del recuerdo, la noche del amor, donde la amada era presencia y vida, donde apenas era la muerte cercana, "un presentimiento de amarguras infinitas". El poeta mira dentro de sí, y el amor, la ternura desaparecida, son fin y principio de las palabras inmortales:

"Por la senda que atraviesa la llanura florecida,  
caminabas;  
y la luna llena,  
por los cielos azulosos, infinitos y profundos  
esparcía su luz blanca,

y tu sombra,  
fina y lánguida  
y mi sombra  
por los rayos de la luna proyectadas  
sobre las arenas tristes  
de la senda se juntaban  
y eran una  
y eran una  
¡y eran una sola sombra larga!  
¡y eran una sola sombra larga!  
¡y eran una sola sombra larga!

Y la verdadera noche del "Nocturno", la noche de José Asunción,

desde donde torna los ojos a las horas distantes del pasado, la noche de su desamparo y de su soledad:

“Esta noche  
solo; el alma  
llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,  
separado de tí misma, por la sombra, por el tiempo y la distancia,  
por el infinito negro  
donde nuestra voz no alcanza,  
solo y mudo  
por la senda caminaba...”

Es ésta, sí, la noche del “Nocturno”. La noche más alta y más hermosa de la poesía colombiana, noche de la misma estirpe que la noche de Fray Luis y la de San Juan de la Cruz. La poesía americana no tiene una noche más hermosa. El “Nocturno” es un momento estelar de la lírica de la América Latina. Y la poesía de Silva, que empieza atardeciendo, en el vago crepúsculo de los cuentos de hadas, llega, en esta noche, a su más pura expresión.

Aparte de su sugerencia, de su embrujo inigualable, de encarnar el momento en que en la poesía nace una nueva estética, el “Nocturno”, aislado, solo, es en sí mismo, el comienzo de la poesía netamente americana. Siempre lo he considerado así, antes que nada por aquella intuición que nos hace sentir cuáles son las cosas próximas a nosotros.

El “Nocturno” es un gran poema americano, y se encuentra situado en el origen de la gran poesía nuestra, que va desprendiéndose de la europea. Pasando por Chocano, tocando a Barba Jacob, y llegando a Neruda y a Gabriela Mistral. Se me dirá: El tema del “Nocturno”, el motivo esencialmente universal, es el amor. Aquella luna es la misma de los románticos, y son idénticos los cielos de Europa al cielo del “Nocturno”. Hay influencias, se dirá también.

Sí. Es verdad, hay influencias, sometidas a la misma condición que hemos encontrado en toda su poesía, de haber sido transformadas por una vigorosa personalidad original. Silva es un precursor del cual han derivado tendencias y orientaciones diferentes. Y es un precursor de la gran poesía americana.

Se habla, del tema del amor en el “Nocturno”. Sin embargo, el “Nocturno” no es, simplemente, un poema romántico del amor. Es, más, un poema de la muerte. Se reúnen en él calidades aparentemente esenciales a lo romántico: muerte, amor, y dolor, y esa luna obsesiva cuya luz da a los rostros el color de la muerte. Sin embargo, el “Nocturno” se desliza blandamente, sin prorrumpir en el desbordado grito

romántico. Sin tomar, a la manera romántica, al hombre como centro del mundo. Es, en cuanto al dolor, un poema que sin decir todo el sufrimiento, lo sugiere, y lo hace llegar más hondo, en el alma, que el eco turbulento de los gritos. Más que poema de amor, es un poema de muerte y de soledad.

En el "Nocturno" no se encuentra ya aquella rebeldía que veíamos en la restante poesía de Silva, aquel anhelo de vencer la fatalidad. El pasado aquí no es simple refugio, sino un elemento más de la agonía. No hay rebeldía contra la realidad. Todo en el poema se desliza hacia la muerte. Muerte y misterio, se confunden y son el ámbito del poema. Y el poeta, vencido definitivamente, sin protesta, ve la muerte, ante él, le penetra un sentimiento de desolación que nada curará, se familiariza con la muerte, empieza a vivirla anticipadamente, y le nace del alma el pesimismo definitivo. Esta ala de fatalidad, este sentimiento desolado, son los mismos que un día cayeron implacables sobre las razas vencidas de América. En América vive latente ese sentimiento, y lo impregna todo, a todo va poniendo su sello irremediable. Y la poesía, antena finísima que registra el mundo, crece, en América, bajo esta sombra de desolación.

En Europa, fue el hombre antes que el mundo. En América, aún sigue siendo, antes que el hombre, la naturaleza, el medio tremendo. Por eso la naturaleza toma en la literatura americana, un carácter de símbolo multiforme. Así, en el "Nocturno" la noche, es un símbolo poderoso de la tristeza, de la muerte. Así como las sombras unidas, según anotó Maya, son, también, el símbolo hermoso del amor. Pero un fenómeno característico también de la literatura americana, y que observa sagazmente Luis Alberto Sánchez, es que el paisaje, la naturaleza, devoran al hombre: "Se los tragó la selva" termina la "Vorágine" de Rivera.

¿Y qué es el "Nocturno"? Es la noche antes que el hombre, la noche como símbolo de tristeza, de desolación, de muerte. La noche que se cierne sobre el hombre, y que lo devora, lo consume tan definitivamente, que le quita —a Silva, al inconforme— el ímpetu para protestar. Este sentido de la noche que consume al hombre, que lo vuelve, apenas, sombra, es fiel y únicamente americano. No es ya la noche como pretexto para la tristeza del hombre, sino la noche en la cual el hombre se pierde, hasta ser solamente una sombra en el paisaje inmenso de cielo y de sombra. Es, una vez más, el continente americano, inmenso, virgen, donde la lucha entre el hombre y la naturaleza está, aún, indecisa. En ella está el germen de la visión panteísta del

Universo que tuvo Silva. Amó tanto el alma de las cosas, que el alma de la noche lo cubrió.

Son pocos, realmente, los poemas en que el paisaje cobra tanta importancia en la poesía de Silva, lo cual se debe a que ella, íntima siempre, rara vez toma estos contactos con el mundo exterior. El mundo de los sueños cabe bien en su cuarto de trabajo. A veces se abre una ventana a la noche, y su imaginación vuela hacia la distancia. Pero cuando el hombre se ve frente a la naturaleza, llena de fuerzas elementales que hacen vibrar su espíritu, el paisaje crece ante sus ojos, y su sensación inmensa llena cada verso. Recordad aquel hermoso poema, sin nombre, a las estrellas:

“Estrellas que entre lo sombrío  
de lo ignorado y de lo inmenso  
asemejáis en el vacío  
jirones pálidos de incienso,  
nebulosas que ardéis tan lejos  
en el infinito que aterra,  
que sólo alcanzan los reflejos  
de vuestra luz hasta la tierra...”

¡Cómo, versó a verso, va creciendo en sentimiento cósmico, esa conciencia de la pequeñez del hombre ante la naturaleza! El mismo sentimiento que en la noche de Pombo es conmovida presencia de Dios, en Silva es presencia del misterio.

El hombre y la mujer, o, mejor, el hombre y el recuerdo están bajo la noche. Bajo esta noche del nocturno, que encarna al sentido fatal del mundo. Bajo la pavora de la noche, bajo su soledad, ha surgido el gran canto de la noche de América con su especial destino, con sus voces secretas y su vasto misterio.

### *La Noche de la Muerte*

A la noche de la muerte, se llega, paso a paso, desde las últimas armonías del “Nocturno”, donde sólo quedan las sombras.

Esta noche mortal, es una noche en cuyo comienzo aún hallamos una luna disminuída, borrada, que al filo de la media noche se desvanecerá. En la primera noche, fue de abundante luz. En el desvelo del nocturno, fue una luna amarga. Aquella luna que hacía sombras, era el vínculo con la vida, en medio de la noche desolada. Era el signo que conjuraba la oscuridad total y que en la noche de la muerte es vencida. Esta noche es irremediable, en tibio contacto con el hondo

misterio. Sobre las calles empedradas, tal vez lluvia, tal vez sólo silencio.

La noche que, otró tiempo, rodeó las flores de cristal de las arañas, duplicadas en la luz de las copas de champaña, cuando el valse, como ala solitaria, voló sobre la noche; la que amparó la flor nocturna de los besos, es, ahora, una noche enemiga. Un tránsito de noches ha sido la poesía, hasta llegar a la noche definitiva, desnuda de los oropeles de que ha querido revestírsela; una noche en que la muerte surge, en toda su fuerza elemental, quieta, aguardando, antes del alba, escondida en el último pliegue de la noche tranquila.

Una noche abandonada de Dios y de los hombres. El hombre vencido por él mismo, por el medio enemigo, por la esquividad de la riqueza, por la misma tragedia de su alma. Con la misma actitud estoica de la vida, aceptó la muerte, no por buscada y requerida menos fatal.

¿Cuál fue el por qué de la tragedia? Los grandes muertos deben ser respetados. Si buscaron la paz, hayan la paz. Si fue el misterio, tengan la paz, que a ellos el misterio los tiene. Conjeturas amargas, asombro doloroso del amanecer en que la muerte floreció en su cara, deben satisfacerse con la sola explicación orgullosa que él quiso dejarnos: "Primero me verán muerto que pálido".

Nada más hermoso ni más próximo a la noche de su muerte, que la casi oración de Gabriela Mistral, el "Nocturno de José Asunción".

"Una noche como esta noche,  
de Circe llena, esa sería  
la noche de José Asunción  
cuando a acabarse se tendía;  
.....

Gobernada por esta hora  
en que al Cristo fuerte se olvida,  
y en que su mano, traicionada,  
suelta el mundo que sostenía.

(Y el mundo, suelto de su mano,  
como el pichón de la que cría,  
hacia la hora duodécima  
sin su fervor se nos enfía);  
.....

Venda apretada de la noche  
que como a Antero, cerraría,  
con leve lana de la nada  
la boca de las elegías;

noche en que la divina hermana  
con la montaña se dormía,  
sin entender que los que aman  
se han de dormir viniendo el día:

Como esta noche que yo vivo  
la de José Asunción sería”.

“Aquel cuya alma ha hablado ya, debe partir”, dice Hölderlin. Hasta el borde próximo de la noche en que pártese José Asunción, llegamos con la voz de su alma, con la palabra del “Nocturno”. Hasta el borde de esta noche inconclusa, que todos sentimos la más próxima, porque en ella el misterio, en su forma elemental y grandiosa, se disuelve en la muerte.

PEDRO GOMEZ VALDERRAMA

Bogotá, marzo 11 de 1948.